

Viage del alba
a la
noche

Oscar
Castro



O^S CAR CASTRO Z.

11/588-26)

VIAJE DEL ALBA

A LA NOCHE

POEMAS

FOR

RTADA DE MARTINEZ SOTOMAYOR

18198

Santiago de Chile

DEL AUTOR:

CAMINO EN EL ALBA, poemas, Nascimento, 1938.

HUELLAS EN LA TIERRA, cuentos, Zig-Zag, 1940.

RECONQUISTA DEL DIA, poemas (en preparación).

GLOSARIO GONGORINO, sonetos, (inédito).

POLITICA, drama, (inédito).

SERES Y SOMBRAS, drama, (inédito).

VIAJE DEL ALBA A LA NOCHE, poemas.





ISOLDA:

Tuyo este libro que viste formarse y
crecer como las yemas en su tallo.
Todos estos poemas están por ti
alumbrados como por una presencia
de lámpara; hoy a ti los devuelvo,
abiertos en umbela de esperanzas.

Oscar.

VALLE CON SOL

RAIZ
DEL
CANTO

CONOZCO el habla de los hombres
que van curvados por el campo
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.

Conozco el trigo que madura
—sol en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.

Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.

Ellos hablaban con Dios vivo
en el mensaje de los cardos
y conversaban con el agua
en el lenguaje de los pájaros.

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar su hoz en alto.

En el silencio de mi madre
dormía el yuyo de los campos,
la yerba-luisa, el toronjil,
el vaso blanco de los nardos.

Todos me cantan pecho adentro;
van por mi sangre río abajo;
giran en trilla de jacintos
por mi silencio deslumbrado.

La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y ganados,
porque aún miran con mis ojos
los que sembraron y sembraron.

Cuando galopo cielo arriba
sobre mi yegua de topacio,
es que me tiene desvelado
mi sementera de los astros.

Conozco el grito jubiloso
del trebolar recién regado
y ese licor que se derrama
desde las copas del zapallo.

Sé del lagar, sé de las viñas
y de los mostos fermentando,
y sé de Baco que solloza,
borracho azul, entre los pámpanos.

Sé de las lentas escrituras
del humo gris sobre los ranchos;
del viento sur cuyo relincho
puebla la noche de caballos.

Sé de la harina mañanera
que agosto vuelca de un cedazo
y de los pozos que gotean
en un crepúsculo de cántaros.

Sabiduría de mi sangre
donde los llantos fermentaron.
Sabiduría de mi pecho,
Sabiduría de mis manos.

Lento, en la tarde silenciosa,
por este surco voy pasando:
surco sutil hecho en el tiempo
con el arado de mi canto.

Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo mis dos manos.
Sabiduría de mi sueño,
Sabiduría de mi tacto.

Porque conozco y sé la tierra,
viviré siempre deslumbrado
y conversando iré por ella
con la semilla y con el árbol.

Si de repente me muriera,
como se cae un campanario,
retemblarían las campiñas
en un galope de centauros.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CANTA
MI
SANGRE

PARA ti, joven puro, la finura del nardo
y el ramaje profundo de un cielo de palomas.
Para ti la pelambre translúcida del cardo
y las grandes banderas que levantan las olas.

Para ti las potrancas y el súbito corcovo
de las yeguas que corren con el viento jinete.
Para ti las estrellas, los molinos, el oro
de los yuyos en flor y la flor del cohete.

Corre, maravillado conquistador del día.
Deja lucientes huellas sobre la tierra parda.
En rosario de senos reza tu Avemaría.
Bébetelos luceros del ángel de la guarda.

Canta sobre la flor, dionisiaco y alto.
Suelta desde tu cumbre jóvenes gavilanes.
Rebote por el cielo la gracia de tu salto:
recibirá la tierra la espiga que desgranés.

Canta los veinte rumbos de la rosa que tienes,
que te vas a morir si no dices tu canto.
Dí que quinientos lirios beben luz en tus sienas.
Yérguete, flecha joven: la mañana es tu arco.

Para ti los licores, la granada mazorca,
los corimbos del día, los jugos vegetales,
la curva de los puentes, la palpitante ajorca
del jilguero que trina trémulos manantiales.

Para ti las esbeltas escrituras del agua
que moja en surtidores la página del viento.
Para ti las rodillas, rosas bajo la enagua,
y el muslo que a tu mano da su fuego violento.

Te llama la trompeta finísima del nardo
y revienta de gritos el fuego de la era,
para ti, que te caes cielo arriba, girando,
en un maravillado morir de enredadera.

MELODIA DEL JILGUERO

TU no podías morirte.

Tú estabas

tan llena de cascabeles,
que el corazón te pesaba
como una rama de acacia
entre la luna y el agua.

Por un costado del cielo
fluía la madrugada,
tan fina

como una flauta que canta.

Fluía, fluía leve;

por tu alegría pasaba
lo mismo que un agua joven
va por las piedras descalza.

Tú no podías morirte,
limón, lucero, esperanza.

El aire suelto y desnudo
besaba
tu rostro resplandecido
de gozo como una lámpara.
Semilla de cielo, brote
de sol hacia mi garganta,
yema del trino más trino,
beso del agua más agua,
timón de la golondrina,
palabra
que sólo fué pronunciada
para morirse después
con cielo sobre las alas.
Tú no podías morirte,
Primavera iluminada.
Ahora estallas, abierto
cohetes por la enramada,
en un finísimo fuego
que es trino de luz y malva,
y es cimbra de almendro nuevo,
y es ancla
del bajel que anda en la luna
con una rosa de lámpara.
Resucitada en el canto,
te llevo aquí, yuyo, malva,
racimo de cascabeles,
menta, ruda, nardo, salvia.
Tú no podías morir
antes que yo te besara
la ojera azul de jacinto,
la boca de llamarada.

CLARO GALOPE

CON espuelas de flor llego a la trilla,
con estribos de luz vengo cantando
de una lejana lechería de albas,
tras un arreo de potrillos blancos.

Con mi rebenque domador de vientos
voy reventando cálices de nardo.
Por potreros de cielo va la luna
esquivando sus cuernos de mi lazo.

Quiero la trilla con su pecho de oro
y el barajarse de sus mil chamantos.
Quiero el molino girador que pasa
desgranando luceros con sus castos.

Ante la Biblia de los campos verdes,
por el viento y el sol fuí bautizado.
Amansadores vivos en mi sangre
me mantuvieron firme en el caballo.

Y en ágil galopar llego a la trilla,
arreador de luceros y alicantos,
con el pecho batido de tambores
y alcoholes de viento entre los labios.

A mi espalda galopan, invisibles,
jinetes en inmóviles caballos,
tres domadores que tal vez llamáranse
Antonio, Benjamín y Pedro Castro.

Amo el cielo de azules y altas quinchas
y la luna que nubes va corneando.
Cuando me mate alguna yegua chúcara,
cuidaré mis haciendas en los astros.

LA BURRA

Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. — Juan Ramón Jiménez: "Platero y Yo".

| A burra estaba hecha de un acero tan frágil,
| que bien pudo servir para plumón del alba.
Iba por la frescura melodiosa del valle,
pisando grillos, mentas y cristales de agua.

Iba la burra sola, con el oído fino
para la esquila pura del lucero del alba.
Suavísimos los párpados, entrevelando apenas
el dulce resplandor de sus ojos de lámpara.

¿Quién le modelaría tan tibia mansedumbre?
¿Quién le dió su quietud, alma azul de montañas?
De verla tan humilde por el valle tranquilo,
los ángeles bajaban a montar en sus ancas.

Cuando muera la burra, sin saber qué es la muerte,
pisadora de mentas, comedora de malvas,
seguirá caminando por la orilla del cielo,
perfumadas las patas de culenes y albahacas.

FUGA MOJADA

Iba por el agua la potranca fina,
la que tiene el casco de ventisca clara.
Iba por el agua delicadamente,
cruzando el misterio de un túnel de ramas.

A la dulce vera del agua crecían
hierbas de la plata de mojadas barbas.
Y bajo los dedos del viento campero,
los mimbres esbeltos tocaban guitarras.

Húmedo su belfo, la potranca olía
y compraba mentas con monedas de agua.
Y en el chapoteo de sus cascos tiernos
escapaban peces y crecían alas.

Huasqueada por látigos de sombra, seguía
pisando el estero de pura mirada.
Por sus cuatro patas como tallos grises,
subía el estero, camino de su alma.

De pronto, la niña desnuda en el agua,
deslumbró sus ojos, blanca, blanca, blanca.
Llenas las pupilas de fulgores y hostias
se quedó mirando la fina potranca.

Y huyó temblorosa por el campo nuevo,
rompiendo la hierba con cascos de plata.
La niña, miedosa de centauros locos,
por el bosque huía con su traje de agua.

ELEGIA POR
LA VACA BLANCA

VACA, la vaca fina
que venía mugiendo;
la que trajo la luna
suspendida en los cuernos;
la que pacía juncos
y amamantó luceros;
la que acunaba ríos
en sus ojos eternos;
la que vino pisando
choapinos de viento;
la que marcaba el norte
con su mancha en el cuello;
vaca, la vaca dulce,
más allá del recuerdo.

Vaca, la que sabía
del frescor de los huertos;
vaca, la que pasaba
entre nieve de almendros;
la que quedó esculpida
en el friso del sueño;
corazón de los campos
goteados de luceros;
resplandor de la tarde,
lámpara del silencio;
vaca, la vaca lenta
como el pisar del tiempo.

¿Qué alicantos la cubren?
¿Qué flores de mastuerzo
sobre la tierra ahora
por ella están viviendo?
Pura la sangre suya
para cuajar cerezos;
diáfano su mugido
para cuerno del cielo;
sus ojos milagrosos
para alumbrar mi verso.

La vaca de mi infancia,
guárdamela, San Pedro.

HABLEMOS HOY...

 | A muerte, amigos míos,
 | es como abrir el cielo con una vuelta de violeta.
Hoy poseo las llaves de la garganta fina
del rruiseñor. Hoy veo las estelas
de la pluma volando, del ángel nadador
del espacio, del viento, del olor de la menta.

Puro de sollozar sin motivo me halláis.
Hablemos hoy, amigos, del color de la hierba.
Digamos que un diamante dentro de una paloma
guarda su resplandor de piedra verdadera.

Digamos más. Yo tengo mis aleros de luna
donde parar la voz. La rosa estaba ciega
de mirar mi coloquio con la noche. Yo soy
el que lava sus manos en un vuelo de abejas.

Amigos, el milagro que me fué conferido
florece cada hora su rosal de planetas.
Si yo no fuera fino como los alhelíes,
caería como un ángel decapitado en tierra.

Pero yo voy armado con la espada del grillo
—espada de oro, espada trémula—
y puedo penetrar el silencio, cantando,
sin rozar su alicanto ni remover su arena.

Un día me hallaréis muerto entre dos luceros.
Acompañad mi féretro, pisando las estrellas.
Y escribid en el viento con el ala de un pájaro:
"Aquí paró su vuelo un corazón de abeja".

ROMANCE
DE LAS
ESPUELAS

LOS dientes de las espuelas
Lmuerden los negros ijares;
entre la noche y el polvo
campanas de soledades,
cantoras como los grillos
entre el sudor y la sangre.
Espuelas de los bandidos
por el camino del valle.

¿Quién cuenta, por la montaña,
monedas de otras edades?
Un tañido y una copla
como de opacos cristales,
vienen peinando el cabello
de sementeras y sauces.

Y un ruido de cascos duros
va marcando los compases.
Espuelas de los arrieros,
guitarras de sus cantares.

La luna quiebra sus luces
en un fulgor de metales.
Pasan en marcha pareja
dos caballos alazanes;
sus sombras pintan el suelo
con agua de obscuridades.
Y se oye un repique breve
de espolines militares.

De gritos y de banderas
está restallando el aire.
La fonda en el viento eleva
su carcajada granate.
Tiene un cuchillo la cueca
y una palabra galante.
Los dientes de las espuelas
muerden los flancos del baile.

Por avenidas de cielo
viene un caballo sangrante;
saltan las chispas al golpe
de sus herraduras de aire.
Bajo mi pecho resuena
su galope interminable.
Espuelas de las estrellas
en los flancos del romance.

LUTO IRREAL

HOY se ha muerto Esmeralda.
Se quedó viudo el Angel de la Guarda
y andaba con un lirio y un lucero
atravesados en la garganta.

Se murió de mirar florecer los rosales
y de recoger en sus pechos el alba.
Alguien sintió pasar su delantal de viento.
Se murió de mirarse los ojos en el agua.

Hay que calzarse ahora con zapatos de pétalo
y caminar por la noche mojada.
Por ella están durmiendo los pájaros.
Nadie tuvo más pura la voz que Esmeralda.

Las violetas sabían que había de morirse
y callaban.

Rezaban las colmenas dulcemente por ella,
y se quebró la rama de la mañana.

Esmeralda podría ser un sueño,
un junco o una espada.

Yo sólo sé decir que me fulgía
como un diamante en las entrañas.

Y, sin embargo, amigos, no es verdad. Yo no sé
quién sería Esmeralda.

Me floreció la voz en ella
y tuve que llorarla.

No es verdad que se ha muerto. Puede estar
en cualquier país o comarca.

Amortajada en una fucsia. Presa en una magnolia.
Mi corazón lo sabe y se lo calla.

Pero yo tengo a Dios en la garganta,
el corazón humedecido
y llenos los ojos de lágrimas.

Dejadme cortar lilas y ramas de sueño
para el entierro de Esmeralda.

NIÑA-PRIMAVERA

NIEVE de junco y ala de ángel,
bajo un cielo de rueda fino,
la Niña viene amaneciendo
entre las venas de los lirios.

La Niña viene barajando
los esplendentes crucifijos
de las corolas de los yuyos,
sobre los campos amarillos.

Viene la Niña removiendo
la nevería de los linos.
Y rondan trémulas abejas
el girasol de su vestido.

Palomas blancas suben rectas
por arcangélicos caminos,
mientras el cielo, ingenuamente,
miente vitrales infinitos.

Sobre ejes de oro, el universo
girando va, fácil molino.
Y las estrellas, en la tolva,
dan una harina de suspiros.

Nieve de junco y ala de ángel,
bajo una luna de oro fino,
siente la Niña caer al pasto
la limadura de los grillos.

El campo manso. El agua sola.
Blanca la noche de caminos.
Desnuda y fresca está la Niña
soplando el tallo de los lirios.

Desnuda y fresca entre la hierba
—hostia frutal de aroma limpio—,
siente la Niña por sus muslos
los claros dedos del rocío.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PRIMAVERA
DELGADA

ÉQUILIBRIO sutil, pluma divina,
[ancla que cae por un mar de cielo,
pétalo de luceros en desvelo
y arcángel bicolor, la golondrina.

Su serenata de colores trina
la rosa, y el jazmín curva su vuelo
de aroma. Una viñeta de ciruelo
al día le florece en cada esquina.

En las exequias de un jacinto muerto
suenan las melodiosas oraciones
de la abeja que en pólenes madura.

Y detrás de las tapias hay un huerto
escribiendo con tinta de limones
en cordillera de violeta pura.

ELOGIO DE LA NOVIA CAMPESINA

UVAS y trigos maduren su grano,
gire la luna su blanco molino,
caiga dorada la miel del verano
y resplandezca la tierra de trinos.

Angeles crucen el cielo del canto,
ya coronado de azules luceros,
y como gota de trémulo llanto,
caiga la nieve de los limoneros.

Vengan corderos de montes arriba,
abran su copa diez mil azucenas,
pájaros trinen su límpido ¡viva!,
porque ya llega la novia morena.

Viento serrano le besa los pechos,
cielos de Chile le ofrecen su ramo,
y en canastilla de verdes helechos,
oro mojado la flor del retamo.

Esta es la novia que viene liviana
desde los campos con sol y con viñas.
¡Viva su carne de greda aldeana!
¡Viva su risa mojada de niña!

Suene la rauda canción de las trillas,
cruzen caballos en clara carrera,
brillen los soles de las maravillas,
mantas flameen sus rojas banderas.

Canten las arpas repiques nupciales,
pulse la tierra su verde vihuela,
corran los vinos por los delantales,
dé su sonido de plata la espuela.

Vengan cogollos de menta florida,
vengan los ponches con sol y naranjas,
suelte la cueca su flor escondida,
ruede la fiesta por montes y granjas.

¡Viva la novia que trae la enagua
toda fragante de albahaca y espliego,
la de la risa más fresca que el agua,
la que tendrá muchos hijos labriegos!

Que se detengan carretas y hoces,
que sus fogatas apague la siega.
¡Y que repiquen campanas y voces
para aclamar a la novia que llega!

COŔAZON MONTAÑES

A GIL potranca montañesa
caracoleando sobre el pasto,
anca de luz, casco de estrella,
mi corazón maravillado.

¡Qué trilla grande y volandera
con mariposas y chamantos!
¡Qué rojo vino, qué vihuelas,
qué novillos de enhiestos cachos!

Corcovo azul del viento huaso
sobre la grupa de los cerros.
La tarde herida está en el flanco
por la rodaja de un lucero.

Blanca potranca de ágil remo,
lunas nuevas viene marcando
con sus pezuñas en el suelo,
mi corazón de peumo y cardo.

Trilla gavillas invisibles,
trilla palomas, sombras de álamos
y aguas que vienen cerro abajo
como empujadas por el diablo;
trilla piñones y copihues
mi corazón desventurado.

LA CABRA

└ A cabra suelta en el huerto
└ andaba comiendo albahaca.

Toronjil comió después
y después tallos de malva.

Era blanca como un queso,
como la luna era blanca.

Cansada de comer hierbas,
se puso a comer retamas.

Nadie la vió sino Dios.
Mi corazón la miraba.

Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.

Se puso a balar después,
bajo la clara mañana.

Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.

Se fué por el campo fresco,
camino de la montaña.

Se perfumaba de malvas
el viento, cuando balaba.

ANGEL Y VOLANTIN

El volantín y el ángel, solos por el espacio.
Trepaban sin romper la burbuja del día.
El volantín y el ángel anclados en el cielo.
Viviendo en un desnudo clima de golondrinas.

Era un acuario el cielo del pez morado y ágil.
El ángel transparente casi no se veía.
Sólo estaban sus manos, llenas de viento nuevo.
El volantín, en ellas, casi resplandecía.

El cielo era redondo y era redondo el vuelo.
Por abismos azules el volantín subía.
Fino arado rompiendo las campiñas del viento.
En cada surco el ángel se desaparecía.

Pero invisibles trampas giraron de repente.
Por escalas quebradas el volantín caía.
Ángel y volantín en un almendro anclaban.
Entre flores rosadas el ángel se moría.

NIÑA
DEL
ALBA

|BA camino al mercado
| con un gallo en cada brazo.
Entre los pechos maduros
le andaba un olor a campo.
Sobre nidales tan dulces
los gallos iban soñando:
plumones de suaves plumas
en plumones de alabastro.
Con lento andar, casi sueño,
la niña va caminando.
Lejanas mugen las vacas
por sus bíblicos establos.
Un alba de leche fría,
junto a la niña se vuelca,
soñando. •

La ruta cambió su polvo
por calles de duro asfalto.
Siente la niña en sus pies
el beso frío y delgado.
Esquinas de cuatro puntas,
en el alba derivando,
dormían en río gris
un sueño de viejos barcos.
Sola en la calle la niña,
con un gallo en cada brazo,
fríos sus desnudos pies,
caliente el seno y las manos.

De pronto, un canto, a lo lejos,
casi el recuerdo de un canto:
un canto que iba pulsando
maravillosos teclados;
que en el espacio estallaba
como un cohete de nardos,
y que cada vez más cerca
iba estrechando sus aros,
hasta inundar la ciudad,
flameando por los tejados
en banderolas alegres
y en espirales gallardos.

El canto llegó a la niña
y el canto llamó a los gallos
que sacudieron las crestas
y el cuello enhiesto enarcaron.
Como una isla de música,
la niña entre los dos gallos.

Como una rama llevada
por la corriene del canto.
Como un trompo melodioso
que al mundo fuera entregando
pregones de primavera
y amanecer de manzanos.

Y no despertó a los hombres
la niña que entre sus brazos
—gavilla de melodía—
llevaba el alba y los gallos.

MI PROVINCIA

PATRIA fina de mieles y vertientes,
tierra de corazón iluminado,
por tus caminos, pacedores de alba,
van los días en diáfanos rebaños.

¡Qué alimentos de sol, qué rubia leche
recibes por la punta de los álamos;
cuánta rosa tu enagua transparente,
cuántas hostias tu cielo arrodillado!

Ríes, limón, en cristalera de aire;
naranja, ruedas a través del año.
Se te llena la sangre de jilgueros.
Cordilleras de luz visten tu flanco.

Algo que está entre el ángel y la rosa,
tierra de claridad, viene a tu labio.
Hablas en el cimbrarse de los trigos.
Duermes en la pupila de los asnos.

Estrellas te florecen el ramaje
magnífico de luz, alto naranjo.
En el valle con sol eres cordero;
en la nieve, huemul de fresco salto.

Patria de mis canciones y mis vuelos,
tengo por ti mi corazón lavado.
Por los huesos azules me galopa
el aroma jugoso de tus pastos.

VISION DEL MAR

ILUSTRACION
PARA MI
ADOLESCENCIA

DONDE la puerta se abre de la costa vacía
y el mar salta gozoso, sus mil alas en alto,
avanzas con tu grito, joven ángel del día,
con el gesto frutal de tus brazos en arco.

Y a tu espalda el océano, puro, recién creado,
abriendo el resplandor de su inédito libro;
la gaviota que avanza por el cielo mojado
y el viento que alza torres de infantil equilibrio.

¡Qué luminosa rosa trae la ola en su cresta,
y qué plata luciente de peces saltarines!
Iluminada de agua se levanta tu testa
y tu elástico cuerpo, profesor de delfines.

¡Qué nueva está tu planta sobre la joven playa!
Tras tu alegre frescor de junco amanecido,
mar y viento sostienen su diáfana batalla
y disparan las rocas su metralla de lirios.

Con tintas de salmuera núbil y cristalina
¿qué volumen decoras, joven adolescente?
¿Qué viñetas dibuja, fácil, la golondrina?
¿Qué azul título cierra la luna en su paréntesis?

Millonario de luces, canta el mar a tu espalda.
El verde va pasando por tamices divinos,
hasta tornarse azul en la lírica falda
de una roca distante, moledora de linos.

Una ola se abate tras de tu espalda fuerte:
¿de qué vitral del cielo débil cristalería?
¿Abrazas a la vida u oprimes a la muerte
con tus brazos en arco, joven ángel del día?

MUJER
Y
MAR

TU cuerpo en el bautismo de las sales,
alga en el mar, alga en el mar.

Tu carne ebria de yodos, alegre de frescura,
alga en el mar, alga en el mar.

Fruta sobre las fauces del agua movediza,
el mar te muerde y canta el mar.

Isla azul en mitad de la música enorme.
Devanadera de la pleamar.

El mar te lame las caderas
y entre tus muslos canta el mar.

El coloso jadea por tumbarte y llevarte
y tú surges indemne de su verde ebriedad.

Tus pechos redondean las olas que vienen.
Alzas las manos y eres puente entre cielo y mar.
Desnuda el mar te quiere moviéndote en sus brazos,
alga en el mar, alga blanca en el mar!

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION CHILENA

TONADA
DE
INFIERNILLO

(Playas de Pichilemu).

INFIERNILLO,
| tu mar está destrozando
un cuento de barcos idos.

Tus rocas dentadas muerden
el agua en duros molinos
y salta la espuma frágil
como una harina de lirios.

Infiernillo,
para gaviotas de viento
acuñas alas de vidrio.

¡Cómo levantas en alto
diez mil pañuelos de lino
para saludar la sombra
de bergantines perdidos!

Infiernillo,
por tus ojos de salmuera
está llorando el Pacífico.

Tus aguas bailan la polca
violenta del equilibrio,
la transparente pollera
llena de encajes floridos.

Infiernillo,
los pechos verdes del mar
rompen en ti su corpiño.

Dictas lecciones y sumas
de caracoles marinos.
Las rocas que te circundan
son azules de suspiros.

Infiernillo,
tu mar está destrozando
un cuento de amores idos.

CANTO DEL MAR TERRIBLE

Y de repente fué tu llamado más tenso
que el arco de los cielos disparando aerolitos.
De repente en mi sangre tu socavar inmenso,
mar de leyendas puras, mar de los grandes ritos.

Me seguías azul con tu azote de vientos.
Ibas en mis arterias, potro de sol y escamas.
Resplandecía toda de látigos violentos
tu cola pavorosa, verde dragón de llamas.

Eras el que domina, y el que arrasa y abate.
La fresca y alta furia del que todo lo pierde.
Crinado de relámpagos, ¡oh león de combate!,
se quejaba la tierra bajo tu zarpa verde.

Eras la rebelión y el equilibrio fuerte,
entre rocas, espumas, algas y caracoles.
En líquidos vaivenes, portador de la muerte,
te alargabas en trombas, dinamitando soles.

¿Qué ángeles pavorosos castigaban tu flanco?
Dios quería cogerte de las cortadas bridas.
Y tú te revolcabas en un delirio blanco
de azahares, palomas y de velas perdidas.

Desbocados corrían tus ágiles caballos,
con retumbes profundos, artillero maldito.
Apretaban tus dedos el gatillo del rayo,
y era el cielo partido la cumbre de tu grito.

Escuché tu llamado, tu clamor de repente.
En tu caos hervían ignorados planetas.
Delirios y recuerdos castigaban tu frente.
Tenías el tremendo gesto de los profetas.

Alguien en ti segaba gavillas de tifones.
Infinito aletazo, líquida cordillera.
En tus olas danzaban treinta mil tiburones
y gemían los barcos en tus garras de fiera.

CAPITAN
DEL VELERO
DESVELADO...

A Augusto d'Halmar.

I

CAPITAN del velero desvelado,
recortas tu perfil en el poniente
y te yergues de amor transfigurado,
con un ramo de abejas en la frente.

Virando en latitudes de pasado,
cargaste las naranjas del oriente
y, el mediodía del dolor cruzado,
se te volvieron de oro, de repente.

Buscas tu soledad ya naufragada,
tu pura soledad de adolescente,
y la sabes perdida y conservada.

Porque en las aguas de tu mar salobre,
no sabes si es levante u occidente
el de ese sol que miras, oro y cobre.

II

Levante y occidente. Media un corto
trecho de sol entre ambos, casi un paso.
Si a tu derecha mano queda el orto,
vira en redondo: allí será el ocaso.

Vé, Capitán, la rosa que te porto
de la ola que arquea su espinazo.
Y ve con la tijera que la corto:
el tiburón de recio coletazo.

Que en este mar del tiempo que nos lleva,
yo soy la audacia de la fuerza nueva
y la flecha-canción en el abismo.

Y tú, la suavidad del que está solo,
del que plantó banderas en el Polo
para anclar en la playa de sí mismo.

MUERTE DE ALFONSINA STORNI

I.—El llamado

TODOS los barcos perdidos
tocaban negras sirenas,
cuando Alfonsina se erguía,
sola, entre el mar y la tierra.

El Atlántico soplaba
su caracol de tormentas.
Mil capitanes fantasmas,
las manos en las viseras,
surgían ante Alfonsina,
rígidos, sobre cubierta:
en sus pechos transparentes
el cielo ponía estrellas;

bajo sus cuencas profundas
la noche se anocheciera.
"Te aguardamos, Capitana
—con voz de viento dijeron—;
falta nos hacen tus ojos
para ver en las tinieblas.
Perdidos vamos, y mudos,
por un país de salmuera.
la Cruz del Sur te daremos
por insignia marinera".
Alfonsina estaba sola
sobre las rocas enhiestas.
El llamado galopaba
por el latir de sus venas.
El viento la ve avanzar
y aúlla por detenerla.
Caminos de espacio fresco
recorre un segundo apenas.
Y luego, el mar en sus ojos,
el mar en su cabellera;
el mar mojando sus pechos,
subiendo por sus caderas;
el mar para conservarla,
cerrando sus verdes puertas.
Alfonsina está en el mar,
isla menuda y eterna.

2.—Alfonsina en el mar

En mensaje de magnolias
la espuma fué a la ribera.

Con luz de lámparas verdes
el mar alumbró la fiesta.

(Fiesta del agua que se abre,
fiesta de un cuerpo que llega).

Peces de escamas fulgentes
guiaron a la viajera.

Ostras abrieron sus cofres
repletos de grandes perlas.

Rojos corales cantaron
pregones de sangre fresca.

Sonámbula va Alfonsina
por calles mudas y quietas.

El agua lustra el asombro
de sus pupilas abiertas.

El mar agita las frágiles
algas de su cabellera.

Hondo país de silencio,
país de rosas secretas,

de misteriosas ciudades,
de altas paredes siniestras;

dársena definitiva
de las perdidas goletas;

joyel de las maravillas
que nunca tuvo la tierra.

Alfonsina con sus manos
abrió la invisible puerta.

El mar la tuvo por fin,
después de siglos de espera.

El mar que para llamarla
pulsó guitarras de ausencia.

Novia del mar, Alfonsina,
el mar está poseyéndola.

3.—El retorno

Un ángel que se inclina, doblando la cerviz,
y el cuerpo de Alfonsina sobre la playa gris.

Nada más. El océano, su profundo latir,
y el pulso de Alfonsina sin poderlo seguir.

Un claror tiritaba sobre rosas de frío.
La barca de Alfonsina por un lejano río...

Iba llegando el alba, lento barco de malva.
El cuerpo de Alfonsina era blanco en el alba.

No sería más blanco un almendro polar
que Alfonsina vestida con espuma de mar.

Sobre celestes plumas, la cabeza de Dios
se despertó: Alfonsina, sin mirada y sin voz,

atrajo hacia la tierra su profunda pupila.
Y dijo Dios: "Por fin solitaria y tranquila,

tú, la sufriente, estás, ancla sin su navío.
La piel del infinito siente tu calofrío".

Junto al cuerpo yacente pusiéronse a rezar
el ángel de la aurora y el centauro del mar.

Y Alfonsina sentía, su alta sien en el cielo,
un translúcido soplo de planetas en vuelo.

¡Y más allá de todo, más allá de ese soplo,
Dios esculpía estrellas con un celeste escoplo!

MARINA IRREAL

Descubridor azul, vela celeste
surca tu mar, milagro de acuarela.
Llovida de frescor la pasarela
y el puente tiritando sol agreste.

Apuntalada de ángeles la veste,
con júbilo de niño sin escuela,
un viento sin timón raudo bisela
relámpagos de polen por el este.

Aquí, salada de clarores, canta
la luna, espuma de limón, y anida
en un tallo invisible como un vuelo.

Y desde el mar el día se levanta,
en madrugada de frescor vestida,
hojeando la bitácora del cielo.

VOCES MÚLTIPLES

POEMA DEL FUEGO

A Néstor Montesinos Hofmann.

1

PRIMERO está la antorcha sostenida en la mano
del día. El fuego blanco que da color al viento.
La corola que rondan los mundos como abejas.
El nardo ardiente y solo en la mitad del cielo.

Velamen extendido sobre abismos y mares.
Velo para la danza fácil del universo.
Día a día, escanciando sus harinas de lumbre,
por los espacios cruza su molino violento.

Y este fuego tremendo no desdeña el humilde
placer de dar color y fuerza al trigo nuevo.
Después, la harina es fuego pasado por tamices.
Cuando comemos pan, probamos de este fuego.

Y el fuego alto transita por las venas del hombre.
Va por sus pensamientos, milagroso y secreto.
Atravesando climas de carne húmeda y triste,
en el cráneo erige su deslumbrante dédalo.

La flor es una lámpara de fuego perfumado,
al fuego alto ligada por claros filamentos.
Y este canto del fuego que arde sobre la tierra,
no es más que alma del sol contenida en el verso.

2

Hay un clima de paz y de amor en el fuego
del hogar, que bendice los muros de la estancia.
Fuego que desdeñó la vana pirotecnia
del incendio en el monte y el crepúsculo en llamas.

Las manos de la madre, alas de mansedumbre;
las barbas del abuelo, de lino y luna cándida;
el perro gris que sueña con vacas y potreros,
todo es un canto puro del fuego ardiendo en calma.

Y estos tizones que hoy florecen en dulzura,
fueron peumos enhiestos, boldos de la montaña.
En el hogar hallaron su transfiguración.
Muriéndose en el fuego, encontraron su alma.

Monjes encapuchados encendieron la hoguera.
 Marco de espanto, en torno, los ojos de la turba.
 La virgen fué subiendo la escala de los leños.
 ¡Oh, viaje sin retorno que no concluye nunca!

Y el fuego ardió, quemando la cabellera suelta,
 comiéndose en silencio las blancas vestiduras.
 La virgen, rosa y oro, fué la amada del fuego.
 ¡Oh, las manos fulgentes por la carne desnuda!

Dos magnolias chirriaron bajo la atroz caricia.
 Ardió, sedoso, el pubis, como una zarza rubia.
 La virgen, rosa y fuego, gemía frases rosas.
 Su carne era un muriente relámpago de albura.

Después, fué toda fuego. Fuego y sangre que cae.
 Fuego sobre otro fuego de claridades únicas.
 El alma que voló de su boca entreabierta,
 dió una llama suprema que deslumbró a la turba.

El trigal era un templo con cien mil candelabros.
 Rayos de sol, las barbas, filamentos de estrella.
 Y de pronto callaron las cigarras. Y el viento
 del sur levantó el humo. Fuego en la sementera.

Un anillo de llamas por los cuatro costados.
 ¡Oh, pavorosa trilla de las bestias del fuego!
 Clamorosa guitarra de los tallos ardiendo.
 Sollozo en la garganta del silencio campero.

Todo en vano. La hoz y el arado que rompe
gloriosamente el surco. La removida gleba.
La espalda fatigada. La sudorosa frente.
Todo perdido y muerto en mitad de la tierra.

A pleno día, el fuego, ladrón de rojas manos,
echó al viento las hostias, los panes de la mesa.
En los ojos del hombre que sembró la simiente
había un amasijo de lágrimas y hogueras.

Y el sol daba, al poniente, sus últimos reflejos.
Y el trigo ardía, ardía, fuego que vuelve al fuego.

5

Ahora, volador casco de llama,
caballo de las altas latitudes,
cruzas por una zona de silencio
donde baraja Dios signos azules.

Y aquí, otra vez, el fuego, en girasoles
y en copihues de súbita violencia,
en fucsias de verdes espectrales
y en magnolias translúcidas que vuelan.

Aquí, desamparado Lamparero,
cuidando el fuego estás de los abismos,
con la brújula en sombra hacia la zona
en que mueve Saturno sus anillos.

Todo en torno es abismo. Y sin embargo
nada cae al abismo. En fácil vuelo,
la ruta de los astros va marcada
por horarios de fuego.

Y aquí, entre tus abismos y tus lunas,
de este mar de silencios, ¡oh Farero!,
sumando voy tus trazos y tus huellas,
en caballo de fuego por el cielo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

A Raúl González Labbé.

HABRIA que empezar de nuevo.
Partir de la raíz del indio.

Ir al origen puro sin conceptos ya hechos.
Sólo así encontraríamos la América no descubierta,
la América del vientre claro y los jocundos pechos,
la América con su propio idioma cantador,
galopando su libertad de yegua joven bajo el cielo.

Tenemos cuatro siglos de invasiones.

No sabemos usar nuestros ojos.

Pies extraños caminan por nuestras heredades.

Extranjeras palabras definen gestos nuestros.

Oro, cobre y sudor americanos
—amalgama de gritos y protestas—
surcan el mar en barcos de incomprensibles nombres.

América. Digo: la América de los bananos,
y los cafetales, y las caucheras y los minerales.
La América que pare abundancia.
La América de los grandes ríos y las montañas grandes.
El Nuevo Mundo que amamanta al mundo viejo.
La tierra en que mis hermanos los parias tienen hambre.
La América, sí, la América que no necesita nodrizas,
porque bebe leche de cielo en la cumbre del Aconcagua.

No la escolar América sabida por los mapas:
tierra tatuada de nombres y colores,
partida en Panamá por un canal de fierro
y comida en el Sur por los hielos australes,
sino esta otra, ésta que nace
en el pétreo filo de los Andes
y cae como un poncho verde a dos mares azules.
Esta que va en mi canto americano,
resonando en el galope del charro,
del huaso, del llanero, del indio y del gaucho.
Esta que va en la espalda del cargador de muelles,
y en la espueia grandota, y en el sombrero floreado,
y en la ojota besada por aguas y tierras,
y en el olor del mate amargo,
y en el lamento de la quena y la trutruca,
y en el aroma de la piña madura,

y en el maíz que ríe con risa de sátiro,
y en el coco y la jícara que recibe su jugo.
Esa es la América, hermanos.

Es pura la mañana. Cantan los pájaros.
Canta el sinsonte y el quetzal es un relámpago.
Vamos a descubrir la América nuestra.
El día agita sus banderas anchas.
Es hora de partir y amanecer.
Partamos.

BAJORRELIEVE DE GABRIELA

A Y, Gabriela, Gabriela,
con tanta sangre india
repartida en las venas;
con tantos horizontes
y tanto amor de América,
caminas y arrebañas
los perfiles de piedra
de los Andes, que vienen,
como en una marea,
envainando en el cielo
sus cuchillas eternas.

Ay, tú, a quien los maíces,
su enjambre de ballestas,
su americana y verde

puñalada te asestan;
tú que vives vaciándote
en jícara y en quena,
y que nunca te agotas
y siempre te renuevas;
tú que estás repartida
entre el agua y la tierra;
tú que en la geografía
de tu carne morena
portas el Amazonas
con su millar de riendas;
pulidora de cántaros
de colombina greda,
amasadora de alas,
ay, madrina y abuela
del maguey tropical,
la araucaria chilena,
de la quina y la coca,
del ombú y de la yerba...

¿Cómo canta el sinsonte?
Dímelo tú, Gabriela;
tú que lo sabes, tú
que tienes veinte, ciento,
mil años de sapiencia;
tú que resumes el olivo
y el aceite ardiendo en candelas;
tú que estás con la boca herida
que si un día te murieras,
seguirías manando cantos,
hecha laurel, maitén y hevea!

Hasta en tu nombre agrario,
ay, Gabriela—LABRIEGA—,
llevas en firme cuño
la pasión de la gleba.
Como el higo mamando
la leche de la higuera;
como patagua enraizada
por mil destinos en la tierra;
como viento que va empujando
los oleajes de la selva;
como bosque del sur
sangrando copihueras,
vibras con las corrientes
vegetales de América.
Y estás ahí, partida
por enemigas fuerzas,
en una jungla oscura
con hachas que resuenan,
recogiendo en tu seno
la vendimia de estrellas.

Cuando inmóvil te quedas
—¡ay, Gabriela, Gabriela!—,
te acuñarán los Andes
como en una moneda
y te harán de greda el sarcófago
para que siempre tengas tierra.

POEMA DE LOS MUERTOS SIN TUMBA

1

(Responso por los muertos en la nieve)

○ H, mar sereno de las nieves en donde naufragaron ellos. Quietos están. Una mortaja pura los guarda para siempre. Un viento encielecido mueve sus invisibles campanas en la altura. Y las estrellas pasan tan cerca, que un suspiro les podría desviar el timón de la ruta.

Duermen entre lo blanco un sueño blanco.
Un nimbo los encanta como de fríos ángeles.
El abanico del relámpago no se abre para ellos.

Desde su frente brota la flor que no vió nadie.
La flor azul entre la nieve eterna.
La flor con su baraja de pétalos astrales.
¡Oh su tumba de blancos cristales, en la noche
caminada por Dios ebrio de soledades!

Ahí estarán por siempre, sigilosos mineros,
con la sangre cuajada en vetas minerales.
Dentro de su silencio cabe la luz apenas.
Nada más que la luz. Ni un pensamiento cabe.

Atmósfera la suya sin un vuelo siquiera.
Sin hélice que tuerza en ovillos el día.
Sin galope lejano de caballos, sin luna,
sin rurales caminos, ni trigos, ni gavillas.

Nunca podrán oír a quien los llame. Nunca
sentirán en el alma un olor de culenes.
Sobre su sepultura de cristales heridos
un almendro florece eternamente.

2

(Letanía para los caídos en el desierto)

Arena, arena, arena entre los dientes
y despiadado sol en las espaldas.
Látigos de sudor en sus mordidas carnes
y caucho derretido en las palabras.

Castigados, heridos por un Dios implacable,
lloraban sin llorar frente a la muerte.
La sangre les golpeaba con terribles martillos
el yunque rojo de las sienes.

¡AGUA! Los montes brutos de arena gris y roja
iban en olas, olas, olas al horizonte.
¡AGUA! Por sus gargantas un molino de espadas.
Un arado de fuego rompiendo sus pulmones.

Y, sin embargo, el agua corría por el mundo.
El agua de diamante en el tallo del trébol.
El agua matinal en el vaso del nardo.
El agua, por las tardes, en la tierra del huerto.

Y el arroyo que canta como un ángel alegre.
Y el surtidor delgado que siempre nace y muere.
Y el rumor de los ríos en la noche que suena.
Y el agua del estanque con su luna y sus peces.

Pero ese mundo estaba más allá de la arena.
Inalcanzable, al fin de todo sueño.
El viento con su lengua les quemaba la carne.
Arena por los dientes. Arena por el pelo.

Largo rosario roto, iban cayendo.
Con zapatos de arena bailaba la locura
en torno a las rabiosas hogueras de su sangre.
Y ellos, ahí, vencidos, de bruces en las dunas.

Y después, lentamente, grano a grano,
sobre su voz la arena. En el vientre la arena.
Con los huesos reseco, para siempre caídos,
sin un eco en el cielo ni en la tierra.

3

(Palabras a los ahogados en el mar)

Os llamó el mar de ronco tambor y frente recia.
Por su país de sal vagaron vuestros cuerpos,
entre tritones y algas de sueltas cabelleras,
entre hundidos veleros,
¡ah!, exploradores del país de las sirenas,
con el blanco fanal de los ojos abiertos
y llenas de misterio las manos limosneras.

Para que entrarais puros en su reino,
tuvo que desnudaros el océano.
Así, desposeídos de ambiciones terrenas,
fuisteis por entre bancos de corales
y brillos de monstruosas perlas.
Erais blancos y andabais por ciudades sin calles
y lunares aldeas,
vestidos de una luz sonámbula que no era luz terrena.
Así andabais, y en vuestro sexo muerto
vacilaba el timón de las mareas.

Jinetes en marinos caballos, caminasteis
con apagados movimientos,
palpando escamas de arcoiris
e informes peces ciegos.

Silenciosos, al fondo de la muerte,
como quien va por un espejo.
Como quien va sin fuerza por un torrente de humo,
libre entre la substancia y prisionero.
Pero livianos ibais, al fin, y ya tranquilos,
sin vuestra carga de deseos.

La luna de naranjas que caía en el mar,
con linternas azules buscaba vuestro espectro.
Pero el mar os tenía, solitarios.
En su voz para siempre iréis durmiendo.

En vuestro asombro el mar se nutre
y amplía su misterio.
En la líquida concha de las aguas yacéis,
convertidos en perlas de silencio.

4

(Sollozo en la trinchera)

La bandera florida en el cielo florido,
con su tallo en la tierra chupando sangre fresca.
Tanto cuerpo vaciado de su líquido puro
para regar la flor de una bandera.

En la punta de cada bayoneta, una estrella.
En diez millones de ojos, diez millones de estrellas.
Y el himno de la muerte tronando pavorido
en un tambor de sangre por la tierra.

Sonaba la trinchera su colmenar de balas.
Jardín de fogonazos en tallos de fusiles.
Entre las alambradas, un zapato sin pie
lloraba soledad sobre la tierra triste.

Se quejaba la vida, paloma apuñaleada.
El viento, de rodillas, iba llamando muertos.
En la noche rajada de pólvora y gemidos,
andaba Dios herido, tropezando en los huesos.

LA FLAUTA EN LA TARDE

TARDE PRESENTE EN OTRA TARDE

LLEGAN las voces nuevas
— a deslumbrar mi casa,
con el trino violeta
y la rama de acacia.

Llegan los guindos finos,
los alegres perales
Llega el viento peinando
cabelleras de sauce.

Gorrión amanecido,
nube de ovillos blancos,
recentales de leche,
burbujas de los cardos.

Y, en un cielo desnudo,
un lucero de tarde,
lámpara solitaria,
bajel de frescos mares.

Bordadora de cielo,
la ventana fragante.
...Por los caminos puros
ya no venía nadie.

Y, sin embargo, andaba
mi corazón trepando
por escalas de grillo
con peldaños de nardo.

Alguien te vió pasar,
corazón solitario.
Tal vez la niña triste
con el rostro en la mano.

Tal vez la oveja sola
que venía balando.
Tal vez la vaca mansa
que volvía al establo.

Quien lo puede saber
no debe recordarlo.
...Era la tarde pura
como gota de llanto.

PUEBLO DE
SAN JUAN DEL ROSAL

○ H, San Juan del Rosal, fresco velero
navegando esmeraldas de paisaje.
A tu vera una espuma de corderos.
A tu frente los montes en oleajes.

Oh, San Juan del Rosal, puro diamante,
bajo cielos de luz estampa fina,
en ti la vida juega con sus naipes
de correvelas y de clavelinas.

En ti nada pasó que no pudiera
ser escrito en un rol de mariposas:
violación de doncellas primaveras,
homicidio lunado de la rosa.

Oh, San Juan del Rosal, en los archivos
del Otoño, notario de las hojas,
inscríbeme la finca de los lirios
que limitaba al norte con la gloria.

EL PAJARO

EL pájaro del bosque,
descubridor del trino,
poeta de la estrella,
pulidor del zafiro,
joyero de las aguas,
dueño del infinito,
edificaba el cielo
con varillas de vidrio.

De su garganta loca
nacían los caminos,
las lámparas del sueño,
la Cruz del Sur, los ríos.
¡Oh corazón tallado

en gota de rocío!
Limón de su plumaje
y azúcar de su silbo.

Diez mil años cantando
se le pasaron finos.
En el alba del mundo,
corazón sin olvido,
comenzó su sonata
de recuerdos divinos.
¡Y en la tarde del mundo,
todavía su trino!

¿En qué rama del ser
este pájaro lírico?
¿En qué morado bosque
de mis puros dominios?
Loco de melodía,
ebrio de azules vinos,
reviviendo y muriendo
al fondo de mí mismo.

EL POETA

AL que amó las estrellas, al que besó los trigos,
golondrinas le rondan el corazón florido.

Mariposas le siguen el fulgor de las sienas.
Mirlos blancos le cantan más allá de la muerte.

Su dulzura se ahonda en los ojos del agua.
Resplandece su voz en un oro de lámparas.

Para que vaya puro, le apuntalan el cielo
una rama de sol y una vara de viento.

El podría tejer gobelinos de música,
una tarde otoñal, con telares de lluvia.

Si apretaran sus dedos el botón de la rosa,
fulgiría la tierra como ardida corola.

Si en su pecho pusiera una estrella de junco,
ya no habría más noche ni dolor en el mundo.

Si acercáis el oído a su frente serena,
sentiréis un rondar de planetas y abejas.

Si la sangre le vierais, encendida de sueño,
crearíais un río de palomas y espejos.

Y aquí van su volar, su vivir y su muerte,
remolino de lirios o sollozo de tréboles.

El que amó las estrellas, el que besó los trigos,
volará, golondrina, por el aura de Cristo.

VUELO
DEL
JILGUERO

VOLABA el jilguero, lleno
de campanillas y nardos;
se le mojaban las alas
en agualuz de los campos.

Corría, diamante fino,
por el día biselado,
Tras de su cola remera,
el viento, partido canto.

Iluminaba los sueños
el ala, puro relámpago.
Ardía con sol de fiesta,
volante, menudo ramo.

Volaba, volaba lejos,
arroyos de luz creando.
Para recibir su trino
el cielo abría las manos.

EL VIENTO

CÓMO puede pasar sin que marque siquiera su herradura tan leve por caminos de harina? Yo lo he visto cruzar pregonando luceros, con la esquila de lirio de la luna madrina.

Yo lo he visto jugar con velámenes de agua, y he sentido morir su color de glicina al signar la sentencia de la muerte del día con la pluma de alguna bicolor golondrina.

Yo lo he visto bailar y subir y caer y tener el designio de la espada y la espina, y formar con la nieve de la nube que pasa el dragón del pavor y la rosa más fina.

Y hoy lo he visto llenar esa copa invertida
de la falda que viste la niña Catalina,
y lo he visto trepar por sus muslos maduros
y besarle su tibio sexo de campesina.

ATARDECER
EN PAZ

POR la orilla del río
cantaban los culenes.
¡Ay, los frescos telares
de sus varillas verdes!

Súbita, relucía
la plata de los peces,
bajo el escaparate
de las aguas alegres.

Por la orilla del río,
con un ángel celeste
detenido en los ojos,
caminaban los bueyes.

Lleno de resplandores
el Tabor del poniente.
Cabras por los caminos
como ríos de leche.

Por las azules cumbres
refulgía la nieve,
novia de las estrellas,
vela de altos bajeles.

Una lejana flauta
con su trinar celeste,
iba pulsando apenas
luceros y claveles.

El corazón volvía
refrescado de tréboles.
Por la orilla del río
cantaban los culenes.

UMBRAL DE NOCHE

EL grillo podaba estrellas
en el cielo de la tarde.
Se iban llenando de rosas
los delantales del aire.
Frescor de rosas de oro,
rojez de rosas granates.
Y el grillo corta que corta
con tijera de cristales.

Ya retornaban, balando,
los corderos por el valle.
Pulió el grillo su tijera
para esquilar recentales
y los vellones cortados

cayeron sobre los Andes.
Y balaban los corderos
conducidos por los ángeles.

Dulces praderas de tréboles.
Caminos que no anda nadie.
Lejanas voces labriegas
que dicen viejos cantares.
Cantares que van cruzando
el agualuz de la tarde.
En papel azul el grillo
recortaba soledades.

Ya no era tarde ni noche,
ya no era noche ni tarde.
La yegua noche morena
con lumbre por los ijares.
Arriba, el rosal de Dios
echó su rosa más grande.
El grillo cortó la luna
en el rosal de los Andes.

DESCUBRIMIENTO DE LA NOCHE

- 1.—Nocturnos desolados.
- 2.—Nocturnos claros.

1.—Nocturnos desolados.

DANZA DE LA NOCHE

QUÉ antigua danza ensayas, Noche de las ajorcas?
¿Qué infinitos collares ornan tu cuello blanco?
Ríes con una risa de lucientes mazorcas
y el Abismo se ciñe, velo azul, a tu flanco.

Altas constelaciones—pentagramas y pautas—
forja tu sinfonía de infinitos crisoles.
Huracanes sidéreos pulsán teclas y flautas,
bajo la nave azul, en tu armonium de soles.

Danza de tus racimos, danza de tus lagares,
danza de tus toneles fermentando luceros.
¡Oh Noche, la que mueves los altos palomares
y repicas con lumbre sobre ardidos panderos!

Profunda de infinitas antigüedades, vienes,
en un Nilo de luces bañadas las caderas,
y un zumbador enjambre va rondando tus sienes
y un alcohol de sombra corre por tus ojeras.

¡Oh rosas que te ciñen los enhiestos pezones!
¡Metales que repican en tus finos tobillos!
¡Y tus dedos que enjoyan locas constelaciones,
lucen en sus falanges voladores anillos!

Siga tu danza, Noche, danza que se destrenza
sobre praderas de ópalo y montes de esmeralda.
Siga tu danza grácil más allá de la inmensa
floración de los éteres que perfuma tu espalda.

Siga sobre las últimas sombras, sobre los mares
del último planeta que gira en el Abismo.
¡Prosigue, hasta que trace su Mane-Thecel-Phares,
con tizas siderales, el postrer cataclismo!

NOCTURNO
DE LA SANGRE
SIN REPOSO

| A sangre ardida y sola va por los cauces hondos.
└ Primer mensaje y último. Solamente la sangre.
Vivimos y morimos en su red movediza.
Vino del infinito, la sangre en nuestros cálices.

En la vía del sueño, su semáforo rojo.
En la noche de insomnio, su tambor incansable.
Su martillo terrible sonando y resonando
bajo la sien tallada en pálidos metales.

Y en el primer latido del mundo está la sangre.
Y de vasos en vasos inunda las edades.
Y aquí está, con nosotros, la sangre sin reposo.
Sangre con soledad, herencia de mi padre.

¿Qué genital impulso la hizo llegar al mundo?
Su ala desventurada tiende a la altura y cae.
Cae sobre la lenta sombra de los orígenes.
La sangre viene llena de albas inmemoriales.

No podemos huir de su lenta invasión.
Viene, gime y solloza siempre por nuevos cauces.
La metralla tremenda le abre oscuros boquetes.
Se la sorbe la tierra. La sangre cae y nace.

En el llagado grito de la hembra, en la flor
del sollozo quemante que en la garganta se abre,
la sangre surge siempre, trágica y pavorosa.
Vaina definitiva de todos los puñales.

Y, a veces, despojada de su violenta fuerza,
maravillada y honda, luz de divinidades,
crea un sonambulismo de translúcidas voces,
sol cayendo a la tierra por cromados vitrales.

Hay la sangre vaciada sin rumor de la arteria,
pregón agonizante, clavel a flor de carne.
Hay la sangre que muere sin alcanzar el día.
Y hay la sangre que salta, vómito de volcanes.

Pero la sangre va con nosotros, fielmente,
roja, lúcida, zumo de viñas ancestrales.
Partida y repartida, siempre corriendo, y siempre
dirigiendo sus flechas al blanco inalcanzable.

NOCTURNO
DEL
CORAZON DESVELADO

┌ A orilla del jacinto, el halcón de la luna
└ y la hebra de estrella por encima del agua.
El frescor de la flor con su puro diamante
y el silencio que anda sobre finas escalas.

La estrella en la maceta, florecida diamela.
El solitario lirio con su antorcha morada.
Y el ramaje que guarda los inmóviles humos
de la honda quietud y el reposo del ala.

Además, hay la araña suspendida en el aire,
milagrosa, tejiendo meridianos de mapa.
Y el duende que no veo y remueve las hojas
con el roce invisible de su fina sandalia.

Y después, el vestido de la rosa desnuda:
se fué—¿dónde?—la forma que creaba en la rama.
Todo tiene un misterio que me sería fácil
si fuera yo, esta noche, el que estoy en la casa.

Este diamante alto de la noche—¡tan frío!—,
¿qué falange lo porta, de qué mano ignorada?
El corredor, la luna, la sombra, la diamela,
¿serán sueños acaso? ¿y quién los soñará?

Desvelado perfil que en la noche preguntas,
nadie sabe la clave de tu sentir de acacia.
El ojo de los pájaros, entrecerrado apenas,
te puede deslumbrar como una lámpara.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

NOCTURNO DEL PAVOR

DE repente, el pavor y su estatua de sombra
El pavor de peludas orejas y pezuñas.
Trae un cuenco en la mano, de fosfóricos vinos,
y aceite macerado con ojos de lechuzas.

Se agazapa en cualquier matorral del camino.
Lo amamanta la sombra con su leche de angustia.
Lucífugas harinas en su alforja fermentan.
De su boca chorrean trágicas levaduras.

Al ojo del caballo que de noche camina,
salta, y lo inmoviliza sobre la tierra dura.
El pavor teje un cerco alucinante y frío
con cabellos de muertos y culebras oscuras.

Entre la sombra densa mi corazón expande
un latir ancestral de tambor que retumba.
El pavor, el pavor de peludas orejas,
en concierto de perros en esta noche aúlla.

NOCTURNO
DE LA
LUJURIA

PARA todas las hembras que una noche, en un lecho cualquiera, en cualquier parte, no importa de qué modo, abrieron sus entrañas a mi sed y mi angustia y me dieron el hondo placer que deja solo después que ya es saciado y extinguido; a las hembras que lloraron curvadas o trémulas, o rieron y gritaron su ardor de animales divinos en la succión profunda de la boca y los pechos; a las hembras de amor o de vicio; a las hembras llagadas y caídas; a las que alzaron las caderas como ánforas o vasos de arquitectura viva; a las que se entregaron temblando de emoción ante el goce ignorado;

a las que fueron grávidas, amplias, inagotables;
a las que me arrasaron como ríos de lava
o huracanes de astillas en llamas;
a las de ardida boca y a las de fresco beso;
a las que fueron frutas y a las que fueron lianas
torcidas y apegadas a mis huesos;
a todas,
a las dolientes, a las trágicas;
a las que se doblaron como espigas
en el galope ciego que por la carne pasa;
a las que en medio de la fiesta oscura
olían como almendras, dátiles o naranjas;
a las que se morían en un temblor postrero;
a las de axilas como nocturnos nidos
y muslos como ardientes pétalos
y costado sinuoso como colina o playa;
a todas, a todas,
esta negra oración que en la noche más pura
revolvió mis arenas caldeadas,
y desató mis versos
y me barrió los sueños
como un simún que pasa.

NOCTURNO
DE LA
SIMA INTERIOR

HUMOS en ascensión y alas de seda;
vacio en el molde obscuro lo que pasa y no queda.

El reluciente lomo del caballo nocturno
peino, y tengo el dolor de un ángel taciturno.

En perdidas escalas tropezando y cayendo
para tocar las aguas del sótano tremendo,

alcánzame el volar de las alas del fuego
que en los pozos del alma jamás tiene sosiego.

Y aquí está la mazmorra de los sueños, y todo
lo que madura y gime, lo que es de estrella y lodo.

Aquí pierden el rumbo los diurnos timoneles.
Aquí el olvido aúlla, coreado de lebreles.

Y hay un muerto poema de ensangrentada boca.
Y hay un ensangrentado velo de novia loca.

Aquí, en tatuaje negro, la pezuña y la garra.
¡Y el abismo llorando con boca de guitarra!

Todo lo que está lejos de la solar linterna,
duerme aquí un abandono de pútrida cisterna.

Si al caminante faltan la mirada y el ojo,
¿para qué los latidos del semáforo rojo?

Nada puede alumbrar el profundo pavor
de la cegada mina y el túnel interior.

...Y hacia la noche mi alma soltó su jabalina.
Y una boca clamó del hondor de la mina:

—Nunca saber pretendas la raíz de tu voz,
porque si la descubres, desembocas en Dios.

NOCTURNO
DEL
HOMBRE DISTANTE

NO te muerde la pena del hombre distante.
No sientes el galope de su sollozo ardido
ni el aletazo de su corazón
cercado de nocturnos océanos amargos.

Ahora, el hombre está junto a la lámpara,
conduciendo a través de moradas estelas
el cargamento azul, la clara mercancía
de collares de lunas y mariposas muertas.

Llagado de emigrantes palabras, amarrado
como el sol a los días, remueve sus estampas,
agita sus banderas desesperadamente.
La noche lo sumerge en su espuma de estrellas.

Y el hombre llora, solo, con su pena y la tuya.
Se le mueren las manos en la desesperanza.
La lámpara se quiebra en sus ojos trizados.
El hombre quiere orar, o aullar, o dormirse.

Ebrio de soledad, con la noche a la espalda,
el hombre se ha tendido en un sollozo.

RESPONSO NOCTURNO
A PEDRO BERMEJO,
BANDIDO

PEDRO Bermejo, duro perfil trajiste.
Eras el resplandor del cuchillo. El que sabe
que el corazón apenas vale cuatro luceros
y la vida del hombre se juega como un naipe.

Allá tu noche heroica. Caballo y fogonazo.
El casco del corcel y el temblor de la sangre.
Eras una montaña y un cruce de caminos.
La muerte agazapada entre los matorrales.

Duro destino tuyo, Pedro Bermejo. Fuiste
pupila de fusil, espada de ángel.
Una sota manchada de vino y un tapete.
Una mano morena y un billete con sangre.

Una mujer o varias. Era la misma boca.
Entre la obscuridad, todas iguales.
¡Pedro Bermejo, alerta! Un beso, y hasta nunca.
Detrás de tí, un sonar de herraduras y sables.

Estrépito y estrellas parían los caminos
a tu paso veloz, Pedro Bermejo. Nadie
supo nunca el color de tu yegua mulata.
Feroz y solitario tu corazón de sauce.

Riesgo de precipicio. Voz erguida.
Yo, que soy campesino, sé que el Diablo y un ángel
encendieron las fraguas de la tierra
para fundir la bala que había de matarte.

BALADA
DE LA
PERDIDA VOZ

SE me va perdiendo, madre,
tu voz en la soledad:
apenas un fino viento
por el ala del cantar;
apenas esa tristeza
del que quiere sollozar
y no lo dejan los hombres
con su corazón estar.
Tu voz se me pierde, madre,
y no la puedo encontrar.

En el pecho que te lleva
como una hostia lunar,
un árbol me va creciendo:

tierra de sinceridad,
isla de bordes amargos,
peñasco sin claridad
que el mar golpea filoso
con su mordisco de sal.
Tu voz se me pierde, madre,
en esta furia del mar.

En vano mi puerta cierro,
tapiada a todo llamar.
Fuera golpea la noche
con su puño de alquitrán
y crecen frías estrellas,
boquetes de claridad.
Estrellas y noche gritan
y no las puedo dejar.
Madre, tu voz se me pierde,
florida de inmensidad.

A tuestas la voy buscando,
a tuestas vuelvo a llamar,
y sólo mi voz responde:
soledad en soledad.

LAS DOS VOCES

C AIGO estrellas arriba.
—¡Despertadme.
No me dejéis morir!
Está mi carne
gritando aquí debajo.
Por el aire
voy espíritu arriba, Dios arriba.
Alas de mi velamen:
la eternidad, el sueño, la canción.
—¡Limpiadme los obstáculos. Dejadme!
Grita mi corazón por el espacio.
El vuelo de los ángeles.
La sombra de los ángeles.
¡Qué pequeña la isla de mi lecho,

donde duerme mi carne!
¡Qué inmensa floración
la que perfuman las eternidades!
—¡No me dejéis morir! ¡Oh, despertadme!
—¡Quiero vivir por siempre luz arriba!
¡Dejadme!

Y al fin vence la carne.
Echa sus anclas hondas el bajel,
y se vuelve otra vez para morir.
¡Oh, vivir de rosales!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

2.—Nocturnos claros.

MOLINERO
NOCTURNO

LOS molinos, de noche, muelen trigo y estrellas.
—La luna está rodeada de molinos.

El corazón ha preguntado muchas veces:
¿por qué habrá tanta harina caída en los caminos?

Yo conozco la embocadura de los cielos.
Yo conozco la tolva donde caen los trigos.
Yo soy el molinero de la noche
y el centinela de los trinos.

A veces, las poleas de las constelaciones
vienen lavadas de infinito.

Yo subo entonces por la solitaria escala
para aceitar con viento los engranajes de aluminio.

Si yo moliera rosas y palomas
y granadas espigas de grillos,
tendría la voz más pura
que la sonrisa del jacinto.

Yo apaciento las vacas del alba
y mi rebaño de molinos.
Cada mañana salgo blanco
de aromas, pájaros y trinos.

Bajo lucentes ruedas, Dios me siente cantar,
cuando muelo esperanzas y sueños y suspiros.
La cordillera de los Andes
salió blanca de mis molinos.

Un día, junto a San Antonio,
y Santa Clara y San Cirilo,
moleré corazones de corderos
y plumas de ángeles floridos.

GATO NEGRO EN PATIO BLANCO

A GUA lenta de luna, contenida
en patio de naranjos. Suelo duro
y blanco esplendente. Viento puro.
Y ángeles por la noche conmovida.

Demonio sin conjuro que lo pida,
un gato descolgándose del muro,
sin prisa ni rumor, negror maduro:
en él tembló la luna, pavorida.

Profunda de fulgor, luciferina
la pupila lunática, su aceite
por el agua cundió del patio blanco.

Y la noche que rosas asesina,
lujuriosa, gustó negro deleite
con el roce del gato por su flanco.

TIEMPO DESHOJADO

└ A lámpara era un árbol iluminado y puro
└ desde donde volaban palomas y paisajes.
Bajo su luz yo abría mi libro de aventuras
y surgían las islas como nardos o ángeles.

Y mi lámpara, enfrente, se hacía tan lejana,
que una fogata era prendida por salvajes,
en esas tierras cálidas
donde los papagayos piruetean al sol
y los indios aúllan y cantan los tucanes.

La lámpara. La lámpara. Fanal, árbol de Pascua.
Bajo su lluvia de oro, mi corazón errante
iba cruzando el bosque sonoro de tam-tams,
las aldeas indígenas, los ríos con caimanes.

Y luego los trineos por estepas de harina,
las morsas y los osos, las auroras boreales.
Y el Polo, más allá, con su durazno en flor,
y la bandera erguida sobre fríos cristales.

Todo dentro del marco de mi cuarto infantil
donde había una lámpara de mágico velamen,
donde estaba mi testa con el pelo en la frente,
como el grumete rubio de un libro de Salgari.

LUNA
DE
CAMINANTES

| A luna del caminante,
| ala de borde florido,
madeja de resplandores,
alto plumón de los lirios,
la luna del caminante
venía por un camino.
Venía, digo, y no miento;
si no es verdad no lo digo.
Pregúntenle a las palomas,
a los vientos y a los trigos:
ellos la vieron pasar
con un delantal de lino,
enhebrando gotas de agua
en una aguja de trinos.

Traía mil vacas de oro,
vaquera de viento fino;
traía corderos blancos
de hondos balares antiguos;
traía granos de anís
para invisibles molinos.
La noche abrió para ella
sus tajamares de vidrio.
Por ella se puso el campo
las pulseras de sus ríos.
Por ella casi cantaban
las guitarras de los pinos.
Por ella se hizo de plata
la rama de los olivos.
Por ella un pájaro de oro,
muriéndose de infinito,
trinaba en el corazón
de este romance florido.

RAMA DE NOCHE EN EL RIO

ERA la soledad tan de lucero,
tan de postrera rosa y agua fría,
que un crujir de pisadas persistía,
sutil, por el altísimo arenero.

¿De qué voladas plumas mensajero
un relumbre de malva florecía?
Milagro de mojada celestía,
constelaba su flor un jazminero.

Celadora nocturna de sus arcas,
se venía de noche por el río,
bruñida por escamas y cristales.

Un ensueño translúcido de barcas
por un puente pasaba de rocío
con su carga de piedras siderales.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ROMANCE
DE
ISOLDA PRADEL

MADRINA tuya, la luna
con crinolina de rosas.
Cristalería del agua
que en surtidores se dobla.
¡Ay, telares de agua y luna
tejen tu velo de novia!
En fraguas de maravilla
¡qué cantarinas ajorcas!

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

Si el agua con cielo y luna
quisiera volverse estrofa,
si cantara un ruiseñor
en la noche melodiosa,
si el prado azul de los cielos
soltara sus mariposas,
¡qué diadema te pondría
sobre las sienes, Isolda!

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Esta noche nos casamos.
Los juncos que el viento dobla
nos dan su consentimiento
con frases hechas de aroma.
A nuestra boda vendrán
cometas de larga cola.
Y en los jardines dormidos
darán un baile las hojas.

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

Pulen su flauta los grillos
para tocar en la boda.
Los murciélagos se visten
con una capa española.
Puñados de arroz dorado
el cielo en la fuente arroja.
El clarín de un gallo rasga
como un cohete la sombra.

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Ponte tu velo de luna,
dame tus manos, Isolda:
aquí tienes el anillo
del ensueño y de la estrofa.
Cierra los ojos y escucha
la voz del viento en la sombra;
pontífice azul, oficia:
"Ya sois esposo y esposa".

¡Y yo te sigo queriendo
como si fueras mi novia!

LA PRIMERA VEZ

ERA el pétalo fino de la media cayendo
y el anillo rosado cerca de la rodilla.
Después, el pie desnudo, su marfil y su fruto,
y pantalla la enagua con sus lámparas íntimas.

Removida la sábana arrolló su ola blanca.
Una marea cálida en el lecho crecía.
¡Oh, las olas gemelas que venían viajando
hacia la boca dulce, caracol de caricias!

Me asomé para ver la noche perfumada
y el mundo que creabas con tu presencia fina.
Y allí estabas, lamida de fulgores y sombras,
con tu cuerpo en temblor, lámpara de glicina.

Yo no sé qué naufragio entre aromas y roces.
Yo no sé qué palabras desde adentro crecían.
Como huracán y espada, como flecha de Dios,
nos abatió la ola de la muerte divina.

PREGUNTAS
DEL NIÑO
DESVELADO

Las campanas del alba
están mojadas
con la lluvia que llora
en la ventana.

¿No tienen frío, madre,
las campanas?

Y cantan y cantan.
Madre, ¿quién toca
las campanas?

Anoche soñé que Dios
las tocaba.

Ahora callan.
¿El viento se las lleva
robadas?

Anoche yo soñé...
Yo no sé qué soñaba.

Yo andaba por el cielo
entre un millón de campanas.

Unas eran de oro,
otras de plata.

Y todas repicaban.
Así: ¡tilín... don... don...
d...on...nnn!

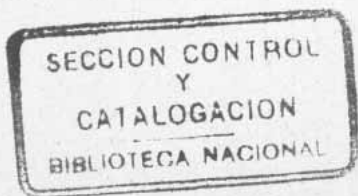
(El niño calla.
Afuera siguen sonando
las campanas mojadas).

ROMANCE
PARA UNA
NOCHE DE PASCUA

A mi hermana Irma.

NOCHE de nardos sensuales
y de sangrientos claveles.
Noche que en bronces y risas
revienta como un cohete.
Alta noche que madura
un árbol de cascabeles.
Noche que trae a la Virgen
sobre un borrico de mieles
y al Niño Jesús llorando
en las pajas de un pesebre.
Noche en que parten los niños
para imposibles belenes

con el corazón llovido
de estrellas y de juguetes.
Canasta de mimbres blancos,
Llena de albahacas celestes.
Luna que porta en las manos
una baraja de reyes.
Clara noche pescadora
que sobre los mares viene,
tallando un oro de olas,
puliendo plata de peces.
Noche que viene segando
campañas de azules mieses
para que caiga su harina
desde una rueda de leche.
Noche que vende diamantes
a las hojas de los tréboles.
Alcancía de luceros,
nardo, luna, rosa, nieve,
en la ventana te dejo
mi corazón transparente,
mi corazón melodioso
de mentas y de culenes:
¡niévamelo con tu luna,
llénamelo de claveles!



I N D I C E

VALLE CON SOL

1.—Raíz del canto.....	7
2.—Canta mi sangre	11
3.—Melodía del jilguero	13
4.—Claro galope	15
5.—La burra	17
6.—Fuga mojada	19
7.—Elegía por la vaca blanca	21
8.—Hablemos hoy	23
9.—Romance de las espuelas	25
10.—Luto irreal	27
11.—Niña-Primavera	29
12.—Primavera delgada	31
13.—Elogio de la novia campesina.....	32
14.—Corazón montañés	35
15.—La cabra	37
16.—Angel y volantín	39
17.—Niña del alba	41
18.—Mi provincia	44

VISION DEL MAR

19.—Ilustración para mi adolescencia	49
20.—Mujer y mar	51
21.—Tonada de infiernillo	53
22.—Canto del mar terrible	55
23.—Capitán del velero desvelado	57
24.—Muerte de Alfonsina Storni	59
25.—Marina irreal	64

VOCES MULTIPLES

26.—Poema del fuego	69
27.—Descubrimiento de América	74
28.—Bajorrelieve de Gabriela	77
29.—Poema de los muertos sin tumba.....	80

LA FLAUTA EN LA TARDE

30.—Tarde presente en otra tarde....	89
31.—Pueblo de San Juan del Rosal	91
32.—El pájaro	93
33.—El poeta	95
34.—Vuelo del jilguero	97
35.—El viento	99
36.—Atardecer en paz	101
37.—Umbral de noche	103

DESCUBRIMIENTO DE LA NOCHE

1.—Nocturnos desolados.

38.—Danza de la noche	107
39.—Nocturno de la sangre sin reposo	109
40.—Nocturno del corazón desvelado	111
41.—Nocturno del pavor	113
42.—Nocturno de la lujuria	115
43.—Nocturno de la sima interior	117
44.—Nocturno del hombre distante	119
45.—Responso nocturno a Pedro Bermejo, bandido	121
46.—Balada de la perdida voz	123
47.—Las dos voces	125

2.—Nocturnos claros.

48.—Molinero nocturno	127
49.—Gato negro en patio blanco.....	129
50.—Tiempo deshojado	131
51.—Luna de caminantes.....	133
52.—Rama de noche en el río	135
53.—Romance de Isolda Pradel	137
54.—La primera vez	140
55.—Preguntas del niño desvelado	142
56.—Romance para una noche de Pascua	144
